

# Intervención social y acción voluntaria en tiempos de desigualdad y crisis de cuidados

## **Mabel Cenizo**

Cáritas Gipuzkoa  
harremanak@caritasgi.org

## **Fernando Fantova**

Consultor social  
fernando@fantova.net

Artikulu honen helburua pertsonen autonomia eta ahalduntzea indartu dezakeen borondatezko zeregina aurkitzea da. Gure ustez, pertsona guztiok eguneroko bizitzan behar ditugu, uneren batean, laguntza eta harremanak horri eusteko. Eguneroko bizimoduak, gainera, ingurune komunitarioetara, harreman afektiboetara eta, aldi berean, zaintzara garamatza.

### **Gako-hitzak:**

Boluntarioria, komunitatea, gizarte-zerbitzuak, hirugarren sektorea, zaintzak, eguneroko bizimodua.

El propósito de este artículo es encontrar aquella tarea voluntaria que pueda fortalecer la autonomía y el empoderamiento de las personas. Creemos que es en la vida cotidiana donde todas las personas necesitamos en algún momento apoyos y relaciones para sostenerla. La vida cotidiana nos remite, además, a entornos comunitarios, a relaciones afectivas y, a la vez, a los cuidados.

### **Palabras clave:**

Voluntariado, comunidad, servicios sociales, tercer sector, cuidados, vida cotidiana.

## 1. Introducción

Dice Joaquín García Roca que uno de los rasgos significativos del voluntariado lo podemos encontrar en el desarrollo de un servicio concreto que se ubica “en la gestión de lo cotidiano” (1999: 17). La propuesta de este artículo es encontrar esa tarea, concreta y cotidiana, relacional y comunitaria, que el voluntariado puede aportar a la intervención social profesionalizada con las personas y las comunidades para, gestionando lo cotidiano, transformar algunos aspectos de las realidades sociales que vivimos en la actualidad.

Por lo tanto, pretendemos descubrir, primeramente, qué aspectos vinculados con la vida diaria de las personas, los momentos y los lugares por los que transitan pueden ser el foco de una intervención social profesional donde el voluntariado pueda ser una clave de apoyo transformadora. Creemos que las relaciones sociales, los vínculos, los cuidados, los afectos e incluso la participación que pretenden, entre otros, el sentido de pertenencia y el empoderamiento social y político son aspectos a partir de los cuales es posible desarrollar un voluntariado de la mano de la intervención social.

Profundizaremos, en un segundo momento, en el papel de la intervención social y sus objetivos, aquellos que creemos que pueden responder a algunos de estos aspectos de la realidad de las personas y las comunidades. También en los desafíos que podemos observar a la luz de su práctica, porque, en la sociedad compleja que somos, la intervención social requiere creatividad y valentía (Navarro, 2020: 7) para responder a su cometido social. Buscamos una intervención social que pueda ofrecer al voluntariado tareas de apoyo en la autonomía, los cuidados y el empoderamiento de las personas. Porque el voluntariado es o podrá ser la gestión de lo cotidiano de la mano de una intervención social que ya centre o pueda centrar sus apoyos sociales en lo cotidiano.

En un tercer momento, profundizaremos en el papel del voluntariado organizado y sus objetivos en el espacio que mayoritariamente organiza, es decir, el tercer sector. Intentaremos encontrar una pasarela desde la intervención social profesional —que bien puede ser desarrollada por los servicios sociales públicos, bien por el tercer sector— hacia el voluntariado, que se conforma como agente en esta última institución social a través de la solidaridad. Intentaremos reconocer a la vez los desafíos que la práctica voluntaria tiene, algunos compartidos en el marco de la intervención social y otros que son necesarios para revalorizar su espacio social y su capacidad de impacto en la vida de las personas y los entornos comunitarios.

En un cuarto momento, será central esa conversación entre la intervención social profesional y el voluntariado, que se entrelazan en muchas cuestiones, aunque sus puntos de partida puedan ser diferentes. Ambos dirigen su acción de apoyo hacia las mismas

personas y comunidades, y es probable que puedan ayudarse mutuamente con el objetivo de generar autonomía y empoderamiento en las personas y los entornos comunitarios frente a las situaciones sociales emergentes. Creemos que juntos son una fuerza multiplicadora de redes de apoyo, cuidados funcionales, reivindicaciones protectoras, certezas solidarias, identidades colectivas y arraigos territoriales que facilita la vida de las personas. No nos interesa una oposición voluntariado / intervención social profesional, apostamos por descubrir sinergias que mejoren el valor transformador del voluntariado y aporten valor añadido a la intervención social profesionalizada.

Será una conversación con el propósito de afianzar estrategias sociales desde los marcos que permitan tanto a la intervención social como al voluntariado aproximarse a la vida cotidiana en la comunidad, redefiniendo algunas de las prácticas que lo pueden facilitar y otras tensiones o prácticas que lo pueden estar impidiendo. En ese diálogo entre el voluntariado y la intervención social surgirá la comunidad como un lugar preferencial para las tareas de apoyo. Dicho diálogo nos llevará, a la vez, a visibilizar los cuidados como los contenidos o las funciones que el voluntariado puede realizar en una incipiente función social de la solidaridad que pueda sostener la vida de las personas en sus entornos sociales. Creemos que pueden ser la comunidad y los cuidados los que ayuden a transitar al voluntariado hacia una estrategia de recomunitarización o, como indica Zubero (2018: 60), un movimiento “voluntariadista” para repensar la democracia de los cuidados y, así, responder a algunos de los retos sociales que vivimos en nuestros barrios y ciudades.

Finalizando así la propuesta con la que comenzamos, podemos decir que la gestión de lo cotidiano es uno de los lugares del voluntariado que pueden apoyar la autonomía y el empoderamiento social y político y, en definitiva, la inclusión de las personas a las que acompaña. Intentaremos, además, hacer propuestas o reforzar tendencias que, a nuestro entender, pueden reforzar este marco de la acción voluntaria y la solidaridad arraigada en la proximidad de la vida de las personas y sus situaciones sociales.

## 2. El cambio social que estamos viviendo y los nuevos perfiles de la exclusión social

El voluntariado social y la intervención social se ubican generalmente en el ámbito sectorial de los servicios sociales, entrelazándose para responder a las dificultades u oportunidades que las personas pueden tener en algunas dimensiones de la vida. Será necesario, por lo tanto, reconocer cuáles son algunos de los aspectos de la realidad social —que pueden ser factores de exclusión— que están impactando negativamente en la vida de las personas y las comunidades y qué papel pueden desempeñar el voluntariado y la intervención social

para transformar en alguna medida dichas realidades. Ambos pretenden, en ese contexto, ofrecer apoyos para la autonomía funcional o la inclusión relacional de las personas en y con sus entornos comunitarios. Veamos.

No resulta fácil para las gentes que viven un momento histórico determinado en un preciso lugar desvelar y comprender las situaciones y los acontecimientos que protagonizan o en los que están inmersas. Hay procesos que pasan desapercibidos y que posteriormente son identificados como relevantes (Polanyi, 2016). Resulta más fácil listar tendencias que sopesar la fuerza de cada una y la manera en la que se entrelazan. Y es notablemente difícil establecer relaciones causales entre fenómenos (Hirschman, 2020).

El relato (la selección y la articulación de circunstancias o devenires) por el que optamos aquí sería el de que estaríamos viviendo una situación en la que se cuartea un determinado modelo de inclusión social sin que se vea con claridad hacia dónde nos dirigimos. Algunos de los elementos vertebradores o fundamentales de ese modelo que vemos agrietarse (y a veces desmoronarse) serían el empleo estable con relaciones laborales mediadas por los agentes sociales, la familia patriarcal relativamente extensa embebida en comunidades homogéneas y operativas y una protección social notablemente contributiva que cubre grandes contingencias relativamente previsibles.

Se diría que, tanto por sus éxitos como por sus fracasos, tanto por las consecuencias que se han buscado como por las no deseadas, ese modelo de inclusión social parece presentar y generar crecientes disfunciones en un contexto (Nel-lo, 2021) en el que se presentan y entremezclan situaciones de extralimitación, escasez, globalización, profesionalización, financiarización, digitalización, longevidad, diversidad, individualización, desvinculación, movilidad, precariedad, segregación, alienación y polarización (sin que resulte posible extenderse en este momento sobre cada uno de estos fenómenos y la manera en que interactúan) (Pérez Orozco y López Gil, 2011).

Estos procesos de cambio social son también procesos de cambio en las situaciones y las dinámicas de exclusión social. Se percibe una diversificación de los perfiles de exclusión social y una creciente dificultad para abordarla y, más aún, para prevenirla. En España en estos momentos, en números redondos, un 25 % de la población se encuentra en riesgo de pobreza o exclusión social según el indicador arope (Canals Botas *et al.*, 2023: 11), pudiendo cifrarse en un 5 % las situaciones de severidad y gravedad, y, por los estudios hechos en este siglo, sabemos que en este periodo se enquista la exclusión social y la desigualdad aumenta, sobre todo porque las personas pobres se hacen más pobres. Por el lado de arriba, solo un tercio de la población aproximadamente estaría por encima de la renta media, de modo que se percibe la hace

tiempo descrita sociedad de los tres tercios, en la que las franjas que no están en exclusión social pero que están cerca se sienten (con razón) inseguras, saben que no están tan lejos de esa situación, se saben poco protegidas frente al riesgo de caer en una situación de exclusión social (Wright, 2018).

La exclusión social es un proceso complejo en el cual algunas personas se van viendo privadas de la oportunidad (mejor dicho, del ejercicio del derecho) de disfrutar de algunos bienes de primera necesidad para su supervivencia, su desarrollo y su bienestar: el alimento, la atención sanitaria, las relaciones, el alojamiento, el medioambiente, la seguridad, el espacio público, la educación o la participación.

Vivimos en sociedades complejas. Esa es una de las razones por las que hablamos de la diversificación (e incluso la sofisticación) de los perfiles de la exclusión social y la mayor aparición de factores de exclusión relacionados con la situación administrativa, la vivienda, los cuidados, las competencias y los recursos digitales, la soledad u otros factores (además de los más tradicionales, como el dinero, el empleo o la familia). Siguen estando claros, en todo caso, el sesgo de género y el de origen, que tienen rasgos estructurales y presionan al alza la pobreza y la desigualdad (Sanzo, 2022: 27).

En este tipo de sociedad que estamos construyendo, la fragmentación o desvinculación social (incluyendo la segregación territorial) dificulta formas anteriores de generación de comunidad o solidaridad. Más bien se facilitan, sin prestar atención a qué ha disparado las alarmas (Padilla y Carmona, 2022: 19), comportamientos del tipo "sálvese quien pueda" por rechazo hacia las personas excluidas, de las que otras se sienten distantes, o precisamente por el miedo a que puedan acabar como ellas (Buesa y Cantero, 2022).

Además, la pandemia que se inició en 2020 ha representado una disrupción global de la vida y ha generado respuestas excepcionales desde diferentes ámbitos (todo ello, con consecuencias de diversa índole). No es fácil saber en qué medida forma parte de una cadena de acontecimientos junto con otros anteriores y posteriores de carácter financiero, ambiental, económico, militar u otros que pueden considerarse convulsiones sistémicas o, dicho de otro modo, manifestaciones del agotamiento de equilibrios y fórmulas de funcionamiento social o colapsos de mayor o menor alcance de unos determinados modos de vida (Aguilar y Fantova, 2022).

Esas sociedades nos colocan ante nuevos riesgos sociales para los cuales el sistema de bienestar tradicional no está preparado. Frente a una sociedad ordenada con mecanismos de inclusión social que van apareciendo en cascada (primero la familia, luego el mercado, después el Estado y, finalmente, el tercer sector), emerge una sociedad compleja, globalizada, reticular, de consumo, individualizada, reflexiva, longeva, financiarizada, digitalizada,

desacralizada y del riesgo, con oportunidades inéditas de calidad de vida e inclusión social, pero con nuevas y potencialmente catastróficas amenazas de fragmentación y exclusión social.

En esta sociedad compleja, opera la intervención social y a la vez la acción voluntaria; por lo tanto, se hace necesario identificar bien el ámbito de la vida cotidiana donde se pretende lograr un cambio o un impacto significativo, sin perder de vista que la misión de procurar la inclusión (y el bienestar) de toda la población también es compartida con otros sistemas sectoriales, como los de garantía de ingresos, empleo, vivienda, sanidad o educación (Buesa y Cantero, 2022: 49).

Apostamos, en este artículo, por que tanto la intervención social como el voluntariado puedan contribuir a la generación de comunidad apoyando los diversos perfiles y situaciones de un territorio. Además, para ese propósito de generación de comunidad, será necesario repensar no solo lo concreto de la intervención social y el voluntariado, sino un sistema público que diseñe desde cierta ingeniería social (Fantova, 2021: 60) todos los componentes necesarios para ofrecer cuidados funcionales y relacionales a toda la sociedad.

### 3. La intervención social en el marco del cambio social que estamos viviendo

Pretendemos en este bloque acercarnos al concepto de "intervención social", sus objetivos y sus prácticas, redescubriendo en ese marco los desafíos actuales para responder a aquellos aspectos de la realidad social emergentes donde creemos que la intervención social puede operar y tiene sentido que opere. Intentamos responder a la misma pregunta que se hace Silvia Navarro (2020: 6): ¿de qué sirve que el mundo cambie si nosotros continuamos relacionándonos con él como siempre y seguimos interviniendo en él con los mapas y los esquemas obsoletos del pasado? Buscaremos aquella intervención social que pueda desplegar y desarrollar un voluntariado que proponga apoyos en algunas necesidades que las personas percibimos en la vida cotidiana o a lo largo de ella. Quizás merezca la pena, antes de abordar en sí misma la intervención social, enmarcar en este bloque algunas posibles diferencias que nos encontramos ya al poner en diálogo la intervención social y el voluntariado.

Cuando hablamos de intervención social, estamos en el orden vertical de los ámbitos de actividad, mientras que, cuando hablamos de acción voluntaria, hacemos referencia al orden horizontal de los regímenes institucionales. Los ámbitos de actividad se diferencian entre sí por el bien que protegen o promueven, su fin (salud, educación, vivienda), y por las áreas de conocimiento, las metodologías, las tecnologías y, en definitiva, las actividades (normalmente profesionalizadas) que son características de cada rama sectorial.

Los regímenes institucionales (Estado, familia, mercado, comunidad) se diferencian entre sí por la manera de proteger o promover los bienes, las reglas de juego con las que funcionan y los valores asociados a ellas: redistribución, reciprocidad, intercambio, solidaridad y así sucesivamente. La profesional más reputada y remunerada de la empresa capitalista más puntera y rentable puede, en otro contexto, realizar la misma actividad como voluntaria. Sin embargo, en el seno de cada sociedad, tiende a haber un cierto reparto de papeles por ámbitos de actividad, de modo que hay ámbitos en los que es más frecuente la acción voluntaria que en otros. En este sentido, la acción voluntaria tiene un papel preferente en el ámbito de los servicios sociales, donde la intervención social se desarrolla principalmente y donde queremos hacer surgir este diálogo.

Una tercera diferencia se refiere a las relaciones que se dan. En la acción voluntaria no son primarias, sino secundarias, aunque cabe identificarlas como fronterizas. Parece que el compromiso de una persona voluntaria con aquella a la que atiende se parece (se asemeja, se aproxima) más al de la persona que ayuda a otra en el seno de una relación primaria que a otros compromisos (como pudieran ser los de profesionales del sector público o mercantil). Podríamos proponer, entonces, a la persona voluntaria como agente de proximidad, ya que el voluntariado se produce en relaciones próximas, en el cara a cara, en el encuentro y en el diálogo entre personas (Cenizo, 2022: 26) y proporciona apoyos relacionales y de cuidado, haciendo referencia a aquellos que puede estar ofreciendo el entorno familiar.

Si adoptamos una definición de la intervención social como ámbito vertical de actividad y, por ello, potencialmente universal, hemos de definir el bien que protege y promueve en el marco de los procesos sociales en los que estamos inmersos. Veamos.

La intervención social es la actividad nuclear de los servicios sociales, tiene como escenario la vida cotidiana de las personas en cuanto a que apoya la autonomía funcional y la integración relacional ante diversas situaciones personales y tránsitos vitales. En este sentido, pretende avanzar en un modelo de atención personalizada, promotora del empoderamiento y la participación (Buesa y Cantero, 2022: 51), construido desde la proximidad al entorno de las personas. No entendemos ni queremos a los servicios sociales sin una vertiente comunitaria ni como algo residual, sino como una parte especialmente transformadora y sostenible de las políticas sociales (Velasco y Blanco, 2020).

Cuando una persona se encuentra en una situación de exclusión social o se ve afectada por alguna situación de dependencia, discapacidad o desprotección, tan necesario como articular una intervención social que sostenga su autonomía funcional es sostener su vida afectiva y emocional, es decir, su integración relacional. Además, será necesario ofrecer ambos apoyos profesionales, en la medida de lo posible,

en los entornos más cercanos de las personas, intentando evitar algunos aspectos segregadores (Fantova, 2021: 68) que puede tener, en ocasiones, la intervención social.

La intervención social busca la participación y la implicación de las familias, las tramas sociales y la comunidad promoviendo una red relacional y una comunidad de cuidados, lo que puede ser un imperativo claro para los servicios sociales en la actualidad (Fantova, 2021: 68). Este tipo de intervención exige, además, profundizar en la función del acompañamiento adoptando un nuevo papel profesional que permita a las personas atendidas gobernar sus propios procesos (Buesa y Cantero, 2022: 51), e implica una perspectiva relacional de la intervención social para comprender un universo social concurrido, diverso, complejo e incierto que habla el lenguaje elocuente de los vínculos (Navarro, 2011: 5). En este sentido, la intervención social tiene un contenido preventivo, relacional, personalizado y comunitario que puede requerir estructuras y estrategias sociales de cierta proximidad física (Fantova, 2021: 60) para recrear, promover o aumentar los apoyos funcionales y relacionales.

En esa estrategia, en su desempeño de la solidaridad, el voluntariado, como venimos proponiendo, puede aportar apoyos funcionales y relacionales, haciendo frente tanto a la pérdida de la autonomía como a la desvinculación relacional. Se trata de multiplicar los lugares intermedios y de potenciar la solidaridad cálida y, con ello, la revalorización del propio territorio, según García Roca (1999: 20).

Podemos expresar ese bien que protege la intervención social con dos palabras: "cuidado comunitario". Proponemos que hoy y aquí la intervención social se oriente a la protección y la promoción de un bien de primera necesidad, que sería la interacción o interdependencia que se da entre las personas en la proximidad comunitaria. Esa interacción o interdependencia permite la toma de decisiones, el empoderamiento, la participación y la realización de actividades de la vida diaria (gracias al autocuidado y los cuidados cotidianos que damos y recibimos). En ella son cruciales las relaciones primarias de apego, afecto, convivencia, amistad o vecindad (con sus rasgos de proximidad, gratuidad y reciprocidad).

Los cuidados comunitarios se relacionan de forma adecuada con la necesidad de articular una respuesta social ante algunos cambios sociales, como el envejecimiento, la desvinculación social y los cambios en la familia tradicional, entre otros, en los que el voluntariado puede tener una función social que aporte valor. Se trata de actos de compasión en los que no solo está en juego el cuidado de los demás, sino el modelo de entender el cuidado de uno mismo (Domingo Moratalla, 2011: 143).

Sin embargo, la intervención social profesionalizada está viviendo cierto retroceso, reforzando la cobertura

de las necesidades básicas y las prestaciones económico-materiales como lugar central (Berasaluze y Ovejas, 2022: 73) de su actividad en una supuesta atención integral y residual de (todas) las necesidades de (algunas) personas, quizás respondiendo a la presión asistencial (Mora y Lorenzo, 2021: 179) de las últimas crisis socioeconómicas antes que a los cuidados funcionales y relacionales de toda la sociedad. Se ha evidenciado una clara asistencialización (Mora y Lorenzo, 2021: 181) de los servicios sociales y, con ellos, de la intervención social: las oficinas de servicios sociales se han convertido en un *check-in* social para clasificar a la ciudadanía (García *et al.*, 2017: 4).

Estas respuestas sociales han podido tener su impacto, en alguna medida, en el voluntariado, cuyo marco no solo se encamina desde la intervención social. La carga asistencial, junto con la prestación de servicios, ha constituido la fisonomía más nítida (Mora y Lorenzo, 2021: 182) de la acción voluntaria organizada. Es por esta relación tan estrecha entre la intervención social y el voluntariado por lo que se hace necesario repensar ambos para que contribuyan no solo a seguir poniendo a la persona en el centro, sino también las comunidades y los territorios de los cuales forma parte (Ballester Frago, 2020: 104).

Recordamos, de todas formas, que en nuestras sociedades se producen por lo menos tres procesos sociales que están impactando en aquellos aspectos del modelo de inclusión social al que aspira o aspiraba la intervención social, entre otros. Las rupturas del modelo de empleo, de familia, la desvinculación social o la fragmentación territorial están situando la intervención social en una encrucijada sobre el objeto al que debe responder y el bien que debe proteger tanto en la acción concreta de apoyo como en el propio sistema de políticas públicas.

Quizás la intervención social no pueda prescindir, de momento, de esta función asistencial tan arraigada porque pretende un bien, por lo que se hace necesario buscar fórmulas organizativas que permitan desarrollarla de la forma más simplificada, ágil y flexible posible, dando espacio al mismo tiempo para potenciar la función de acompañamiento social en la que radica la esencia de nuestra cadena de valor (Buesa y Cantero, 2022: 66), pero es condición básica alejarse del asistencialismo para empezar a construir una comunidad de cuidados. Tal vez merezca la pena recordar, además, que la sociedad cuenta en estos momentos con otros mecanismos (profesiones, sistemas, organizaciones) para satisfacer las necesidades de salud, vivienda, empleo e ingresos más eficientes o que tienen más capacidad y condiciones de hacerlo que el ámbito de los servicios sociales y la acción social.

Esta "asistencialización" tanto de los servicios sociales como de la intervención social y, por lo tanto, de la acción voluntaria que se desarrolla en ese marco se aleja del cuidado comunitario y de la implantación y el desarrollo de la estructura y el catálogo de

apoyos funcionales y relacionales que pretendemos. La intervención social está llamada, por lo tanto, a reinventarse (Fantova, 2018b: 81) en muchos sentidos, no solo para dejar de ocuparse como última red, sino para poder interactuar tanto con las personas en una atención proactiva como con las colectividades o comunidades en un plano más preventivo (Fantova, 2021: 61), buscando una intervención social más universal. Este es el verdadero reto (Navarro, 2020: 6).

En este marco de los cuidados, es necesario promover otro tipo de sinergias y cierta innovación entre la intervención social profesionalizada de los servicios sociales, fundamentalmente públicos o gestionados por entidades sociales, que responde a una responsabilidad pública, y el voluntariado para (re)construir nuevos mapas relacionales que apoyen a las personas y las comunidades ante los procesos de exclusión y desigualdad. Pensemos en las personas migrantes que han llegado y no cuentan con apoyos ni vínculos en ese entorno, en las madres con hijos e hijas a su cuidado y sus dificultades para conciliar, en las familias con pocos ingresos que no pueden socializarse a través del consumo de ocio o en las personas mayores que viven solas o van perdiendo relaciones y apoyos, bien porque sus hijos o hijas están lejos o porque sus amistades van falleciendo. Pensemos en una intervención social y una acción voluntaria y solidaria que aporten cuidado comunitario, entre otras cosas, a estas situaciones y necesidades de apoyos, vínculos y afectos que tienen en común tantas personas en nuestros barrios. Los cuidados, entre otros agentes sociales convocados a responder a este reto, requieren también la canalización de la solidaridad hacia la comunidad o la "comunitarización" del voluntariado.

#### 4. Conceptualizando la acción voluntaria organizada

El voluntariado se define como una relación de solidaridad. Es una respuesta que la sociedad civil canaliza ante las realidades sociales que la apremian o donde interpreta la necesidad moral de un apoyo. El voluntariado tiene su máxima riqueza en los elementos de gratuidad, justicia y cuidado, visión desde los de abajo, que configuran su cultura (Falcón, 1997: 11). Su ámbito de actuación, frecuentemente, es la acción social próxima a los servicios sociales y, por lo tanto, también desempeña una función social en el propio objeto que hemos dado a la intervención social, es decir, en el cuidado comunitario como aquel que provee apoyo a la autonomía funcional y a la integración relacional de las personas en el marco de la vida cotidiana.

Por lo tanto, la intervención social y el voluntariado están llamados a interactuar en el mismo espacio, con las mismas personas y comunidades. Comparten, en este sentido, desde distintas estructuras, responsabilidades y roles, el objetivo de responder a algunas de sus necesidades. El voluntariado aporta un bien vinculado con los derechos humanos y los

cuidados, y nos habla del proyecto de felicidad, de un bien que no menoscabe la dignidad (Mora y Lorenzo, 2021: 190) de las personas, articulando respuestas éticas, sostenibles, ecológicas, inclusivas y transformadoras.

Cuando el voluntariado despliega su acción de apoyo, generalmente quiere o pretende aliviar o reducir los efectos de algunas problemáticas sociales que se detectan. Canaliza su apoyo solidario dentro de una organización y enmarca su actividad dentro de una intervención social que tiene un contenido preventivo, personalizado y comunitario. Si aceptamos esta premisa y, por lo tanto, ese cierto carácter preventivo, comunitario y universal de la intervención social, ese mismo aspecto debe ser transferible a la acción voluntaria, que se puede diseñar y proyectar desde ella. En consecuencia, podríamos pretender que el voluntariado y el apoyo social que despliega pudieran ser una oferta para toda la ciudadanía.

No es una novedad, ya hay experiencias en este sentido que podemos encontrar ante las respuestas que fue necesario articular frente a la COVID-19. La pandemia ha reactivado a la comunidad como un valor central, enfatizando la dimensión local, la autoorganización comunitaria y la participación de las personas afectadas en las respuestas a sus necesidades (Mora y Lorenzo, 2021: 178).

El voluntariado ejerce generalmente su apoyo en relaciones de proximidad que le permiten fácilmente o sin demasiadas dificultades promover una comunidad de cuidados siempre y cuando el marco de la intervención social que se diseñe tenga el foco puesto en ser social, preventivo, personalizado y comunitario. Por ello la proximidad de la acción voluntaria es un punto de confluencia y una ventaja para diseñar una estrategia organizacional hacia la comunidad y los cuidados. Por lo tanto, buscamos en este marco ese apoyo social en la vida cotidiana que el voluntariado puede aportar a la intervención social para acompañar, sostener o reducir los efectos de algunos aspectos de la realidad social que viven las personas.

Un buen número de esas personas voluntarias están vinculadas con la acción social del llamado tercer sector. Es este el que canaliza al más de un millón de personas voluntarias en España. Es el espacio de la iniciativa social y, por lo tanto, de la solidaridad organizada, que representa una de las instituciones más próximas a las personas y a las comunidades. Es, en este sentido, una estación intermodal (Fantova, 2014: 340), un espacio fronterizo con la comunidad y el Estado (también con el mercado) que le permite relacionarse con dichos agentes con cierta proximidad y comprensión de sus valores o códigos de funcionamiento (reciprocidad, distribución).

Según su III Plan Estratégico, el tercer sector de acción social es "el ámbito formado por entidades privadas de carácter voluntario y sin ánimo de lucro que, surgidas de la libre iniciativa ciudadana, funcionan de forma autónoma y solidaria, tratando, por medio de acciones

de interés general, de impulsar el reconocimiento y el ejercicio de los derechos sociales, de lograr la cohesión y la inclusión social en todas sus dimensiones y de evitar que determinados colectivos sociales queden excluidos de unos niveles suficientes de bienestar” (Plataforma de ONG de Acción Social, 2017: 14). En esta definición ya se enmarcan algunas de las funciones y responsabilidades que la acción voluntaria organizada puede tener con las personas, las comunidades que reciben su apoyo y la ciudadanía en general, a partir de la cual se articula, se sostiene e incluso, en parte, se financia. Se habla de impulsar el reconocimiento y el ejercicio de los derechos sociales, de promover la inclusión, el bienestar y la cohesión social frente a las situaciones sociales que impiden el reconocimiento, debilitan el ejercicio de los derechos, fracturan la inclusión y erosionan el bienestar. El voluntariado está llamado, por lo tanto, a escuchar las nuevas brechas sociales que provienen de la ruptura del modelo de inclusión (empleo, familia y protección contributiva) y que pueden estar obligándolo a actualizarse a partir de ellas.

Los procesos sociales en los que la sociedad está inmersa proyectan nuevos retos a la acción voluntaria organizada que la colocan en la búsqueda de aquellos ámbitos de la vida cotidiana donde su significatividad pueda tener un mayor impacto, como el debilitamiento de las relaciones primarias, la prolongación de la esperanza de vida, la crisis de los cuidados y la desvinculación social, así como el crecimiento de la pobreza y la exclusión (Plataforma de ONG de Acción Social, 2023: 16). Este, por lo tanto, es un momento perfecto para que las entidades elaboren nuevas estrategias de acuerdo con el nuevo contexto, teniendo en cuenta las necesidades y las demandas de la sociedad, según señala la Plataforma de ONG de Acción Social (2022: 27), y puedan así canalizar su capital humano hacia el cuidado comunitario.

Son los cuidados y el apoyo funcional y relacional los que permiten, entre otras cosas, la participación y el empoderamiento de las personas y las comunidades, el nuevo espacio para el desarrollo de la solidaridad. Para ello, será imprescindible que el voluntariado, que es la base social de algunas organizaciones de la acción social, sea un valor en alza. Ello permitirá poner freno a la preocupante descapitalización social y estratégica del sector (Fantova, 2018a: 148) y resignificar la comunidad como un espacio de prevención y universalización de la intervención social para incrementar las relaciones horizontales mediante la recuperación de la comunidad y la participación de todos, incluidos los colectivos vulnerables, lo que posibilitaría ejercer ese derecho a la comunidad (Renes, 2020).

De alguna manera, el voluntariado puede testear en qué medida la intervención social profesionalizada es preventiva, personalizada y comunitaria y en qué medida el tercer sector de acción social está cumpliendo con sus objetivos de impulsar el reconocimiento, el ejercicio de los derechos humanos, la inclusión y el bienestar, respondiendo a sus valores

de justicia, igualdad, solidaridad y participación. Es en la comunidad y los cuidados donde el tercer sector y la acción voluntaria pueden multiplicar su valor y construir o reforzar las redes de apoyo, los cuidados funcionales, las reivindicaciones protectoras, las certezas solidarias, las identidades colectivas y los arraigos territoriales. Cuenta todavía con una base social suficiente a través de la cual puede desencadenar estratégicamente cambios sociales inspirados en sus valores, aquellos que inspiraron su nacimiento y que le otorgan cierta capacidad de agencia y un lugar diferenciado del Estado, el mercado y la familia.

## 5. Comunidad y cuidados. Un lugar y una tarea de la intervención social y el voluntariado

En los anteriores apartados no solo hemos desarrollado algunos contenidos sobre las realidades sociales, la intervención social y el voluntariado, sino que hemos pretendido relacionarlos entre sí, intentando construir puntos de confluencia para encontrar esa tarea, concreta y cotidiana, relacional y comunitaria, que el voluntariado puede desarrollar en el marco de una intervención social profesionalizada. Hemos propuesto el cuidado comunitario como el objeto de la intervención social donde el voluntariado, que es un agente de proximidad, puede tener un papel significativo. Este cuidado comunitario podría ser, por lo tanto, un sistema o proceso estructurado de acciones destinadas a promover el apoyo funcional y relacional, fomentando la participación entre las personas o con los grupos dentro de una comunidad. A la vez, podría responder a la ruptura del modelo de inclusión social, la segregación territorial y la desvinculación social. Este sistema o proceso estructurado trataría de dar respuesta a las necesidades cotidianas mediante una organización colectiva divergente de la familia, el Estado o el mercado, constituyendo una suerte de *aggiornamento* comunitario (García García *et al.*, 2021: 2).

Esta propuesta social estructurada no significa que la sociedad civil no tenga capacidad de organizarse: la hemos visto responder con creces en diferentes crisis sociales, recientemente para hacer frente a la pandemia. Sin embargo, creemos que, para revitalizar e impulsar su impacto en la vida de las personas del entorno comunitario, es necesario cimentar o inspirar dinámicas alternativas perdurables en el tiempo (Grupo Cooperativo Tangente, 2022: 7) a través, entre otros elementos, de la reorientación y el apoyo del tercer sector y las políticas públicas.

Por ello, en este quinto punto, intentaremos centrarnos en qué es la comunidad, qué contenidos puede tener, cómo se puede activar el voluntariado en ese entorno en el marco de la intervención social y en qué tareas se puede articular su apoyo. Intentaremos concretar propuestas y convertir en retos algunas de las dificultades de esta transformación que nos hemos ido encontrando.

Cuando hablamos de comunidad o entorno comunitario, es difícil delinear qué los constituye (Zúñiga y Arrieta, 2021: 66). Las definiciones alrededor de ellos se agolpan: son un espacio o un territorio, un actor o una fuerza, un grupo de personas o de interacciones, una tarea compartida o un sentimiento de pertenencia. Aportamos la definición de Zúñiga y Arrieta cuando hablan de la comunidad como "un proceso o varios de participación que se desarrollan en un espacio determinado en el que las personas o grupos que interactúan desarrollan un componente psicológico o de pertenencia". Añadimos: "Dedicadas o enfocadas a la tarea de cuidarse o de ofrecerse apoyo funcional o relacional, entre otros". De una forma parecida, otros autores definen la comunidad como un grupo de personas, relaciones, emociones y referencias donde tienen cierta importancia las relaciones primarias de afecto, compromiso y reciprocidad y que tiene frecuentemente una conexión con un territorio significativo donde se posibilitan la autoorganización solidaria, la economía colaborativa y la institucionalidad de proximidad (VV. AA., 2023).

A partir de este marco conceptual de la comunidad, desgranamos algunos de sus elementos —en concreto, qué es, quiénes la conforman, a qué se dedican y dónde sucede— con el propósito de descifrar acciones y retos que sea necesario articular para llegar a esa acción voluntaria que buscamos.

### 5.1. La comunidad como proceso de participación

Reforzamos la idea central de definir la comunidad como un proceso de participación. En este sentido, es un punto de confluencia con la propia definición de la acción voluntaria, que es también participación social. Y, como tal, creemos que es o debe ser una política pública la que fortalezca ese proceso de impulsar, promover y potenciar la participación, buscando un papel más relevante de la comunidad, es decir, de las personas que viven en un entorno, para mejorar su bienestar.

Configurada como política pública, es decir, como política con la intención de influir en el mundo de las relaciones primarias (Fantova, 2014: 331), puede agendarse como demanda del tercer sector hacia la Administración pública en cuanto a que desarrollar buenas políticas de participación puede mejorar las relaciones comunitarias, la compasión y la solidaridad vinculada con el compromiso ético y los valores de justicia y cuidado (Cenizo, 2022: 89). Dice José Manuel Fresno (2015: 2) que es necesaria una política pública que comprenda que no está sola para proveer servicios a la ciudadanía, sino para promover la participación. La participación, por lo tanto, cuenta con múltiples actores en esa cooperación público-comunitaria que supone estimular dinámicas de colaboración permanentes entre la Administración y la ciudadanía. Su objetivo será fortalecer el protagonismo ciudadano maximizando las potencialidades de los tejidos sociocomunitarios

para intervenir sobre la realidad desde la lógica del bien común y el servicio público (Grupo Cooperativo Tangente, 2022: 39).

Ese proceso de participación comienza y recoge la realidad a través de la escucha, de la audición comunitaria, que está siempre unida a la historia, las tradiciones, las experiencias, los valores y la forma de ser de cada comunidad, partiendo de lo que ya existe (Velasco y Blanco, 2020), y, por lo tanto, activa distintos elementos o componentes psicológicos e identitarios o de pertenencia (Zúñiga y Arrieta, 2021: 68). En la práctica, dicha política de participación puede sostener, entre otros, el derecho a vivir en la comunidad, que pasa por la disponibilidad de una serie de servicios de base comunitaria que brinden a las personas el apoyo que necesitan y les permitan participar en la vida cotidiana (SIIS Servicio de Información e Investigación Social, 2021: 58).

Participar y hacer participar contiene aspectos de proximidad, de universalidad y relacionales, por lo que será relativamente fácil, desde este marco legislativo y social de la participación que pretende el bienestar, crear puentes para que la acción voluntaria como herramienta de participación se oferte y transite hacia las situaciones que acontecen en la vida cotidiana de los barrios.

### 5.2. La comunidad la conforman personas que tienen el propósito de interactuar

La comunidad es un grupo de personas que interactúan entre sí y constituyen relaciones personales, en ocasiones cercanas a la amistad o que contienen cierto nivel de afecto, que se desarrollan en el entorno de vida habitual regidas por cierta lógica de reciprocidad (Zúñiga y Arrieta, 2021: 66). Dichas interacciones pueden ejercer una función social y relacional significativa para el bienestar emocional de las personas (Zúñiga y Arrieta, 2021: 73) en dos sentidos: por una parte, en cuanto a la integración relacional, porque sentirse parte de una comunidad solidaria tiene un tremendo impacto emocional (Grupo Cooperativo Tangente, 2022: 19), ya que se configuran sujetos colectivos comprometidos con la fraternidad solidaria; por otra, en cuanto a la autonomía funcional, porque contar con una red de apoyo mutuo, cercano, vecinal, de relaciones informales y de cuidados cotidianos mejora la seguridad y el bienestar de las personas.

Esta comunidad de personas e interacciones se encuentra casi siempre en movimiento y en construcción y, aunque son imperfectas y conflictivas y están atravesadas por contradicciones y antagonismos, conforman un capital relacional y activo valioso para las personas (VV. AA., 2023). Es por ello por lo que se requiere cierta ingeniería social pública para su emergencia y su consolidación (Fantova, 2021: 60), a lo que Marco Marchioni añade que un proceso de participación y desarrollo comunitario es inviable sin un equipo (Velasco y



Blanco, 2020). Es necesario, por lo tanto, promover equipos comunitarios para potenciar la participación y el tejido asociativo; facilitar el encuentro, el intercambio y la colaboración de todo el mundo en procesos y proyectos de interés general; contribuir a un mejor y más compartido conocimiento de la realidad; y promover procesos de mejora (Velasco y Blanco, 2020).

Será relativamente fácil incorporar a las personas voluntarias en esas relaciones cercanas a la amistad o a los afectos porque forman parte y conviven en esos entornos comunitarios y crear puentes para que el voluntariado se configure como otro agente, un vecino o vecina más, en ese grupo de personas que interactúan para ofrecerse apoyos. Sin embargo, supone cierta transformación del tipo de interacción que la acción voluntaria ofrece, basada en una relación de ayuda asimétrica donde una persona da y otra recibe, para convertirse o asumir la reciprocidad necesaria en el marco del cuidado comunitario. Quizás ese tránsito sea posible a través de las tareas de cuidado, ya que todas las personas las necesitamos, lo que daría lugar, así, a una solidaridad circular.

El voluntariado deberá ser una solidaridad que se parezca más a las redes comunitarias de apoyo, que promueven de forma explícita el empoderamiento de las personas y las comunidades afectadas, otorgando una fuerte valoración al apoyo entre pares (Mora y Lorenzo, 2021: 140).

### 5.3. La comunidad se asienta en espacios físicos

La comunidad es un espacio determinado, un lugar, un territorio, es decir, una malla compuesta de centros sociales, locales vecinales, clubes deportivos, comercios, restaurantes, escuelas, centros de salud, parques y zonas verdes (Grupo Cooperativo Tangente, 2022: 33) que permiten o facilitan el encuentro y la interacción entre las personas. La comunidad es, por lo tanto, una infraestructura física gestionada por tejidos sociocomunitarios (Grupo Cooperativo Tangente, 2022: 33). Esta infraestructura social es importante en tanto en cuanto facilita hacer pie en algún sitio (Grupo Cooperativo Tangente, 2022: 34) e impulsa la participación comunitaria; por lo tanto, en alguna medida, también está relacionada con la inversión y el apoyo público para establecer dispositivos públicos de cercanía, como centros de salud y espacios verdes, así como otros espacios gestionados por otros organismos sociales.

Nos referimos, por lo tanto, no solo a la infraestructura social representada en edificios y locales, sino también al tejido asociativo que dinamiza y se articula desde ellos: "Un equipamiento comunitario es un lugar donde las personas entran de una en una y salen de siete en siete" (Grupo Cooperativo Tangente, 2022: 33). En este sentido, para responder a las necesidades que se originaron, por ejemplo, en la pandemia, las redes de ayuda mutua plantean la necesidad de

invertir en recursos para reparar, sostener y mejorar la infraestructura social de los barrios y los municipios de forma preventiva y fortalecer así los tejidos sociocomunitarios (Grupo Cooperativo Tangente, 2022: 35).

Desde estos lugares físicos donde interactúan las personas vecinas de los barrios, los pueblos y las ciudades, será relativamente fácil la incorporación y la canalización de las personas voluntarias hacia ellos porque serán espacios significativos incluso para ellas. Sin embargo, supone cierta transformación del lugar de la acción voluntaria en el marco de la acción social porque se distancia del apoyo a colectivos específicos dentro de las instituciones, normalmente separados de la vida comunitaria o del barrio. La comunidad como espacio físico, como grupo de personas que interactúan en él, puede ser un lugar distinto de la acción voluntaria y convertirse bien en un anclaje para que estos colectivos puedan volver a la vida comunitaria, bien para que otros no salgan o puedan vivir más tiempo con apoyos y vínculos en su entorno relacional.

### 5.4. La comunidad: un compromiso con los cuidados y los afectos

Los cuidados, como tarea de apoyo social en la autonomía funcional y la integración relacional, son uno de los puntos de confluencia más significativos entre las realidades sociales, la intervención social profesional y la acción voluntaria. No en vano se denomina "crisis de los cuidados" a un problema socioeconómico de primer orden que afecta al conjunto de la población (Pérez Orozco, 2006: 8) en un complejo proceso de desestabilización de un modelo previo de reparto de las responsabilidades sobre los cuidados (Pérez Orozco, 2006: 9). El cuidado es un bien relacional absolutamente necesario para la vida (Carrasco, 2014-2015: 52) que requiere proximidad y en el que los afectos y los vínculos son esenciales. Los bienes relacionales son intangibles, pero críticos para la calidad de vida de las personas (Buesa y Cantero, 2022: 62), y enmarcan una intervención social y una acción voluntaria en y desde la comunidad como palanca de generación de capital humano y social (Buesa y Cantero, 2022: 63).

Nos referimos a los cuidados como el conjunto de actividades que, en última instancia, aseguran la vida (humana) y adquieren sentido en el marco de las relaciones interpersonales (Pérez Orozco, 2014: 104). Las tareas de cuidado o el cuidado comunitario como acciones de apoyo se desarrollan en la horquilla que va desde el sistema o la política pública de cuidados hasta la intervención profesional, la acción voluntaria y las microrrelaciones que se dan en el día a día (Zúñiga y Arrieta, 2021: 71). Es decir, la noción de cuidado va desde el ámbito micro, en el que se desarrollan las prácticas sociales realizadas por personas concretas, hasta el ámbito macro, compuesto de instituciones y agentes sociales (Zúñiga y Arrieta, 2021: 68).

Insistiendo en que el cuidado debe ser una política integral que atienda diversas dimensiones humanas y necesidades (Grupo Cooperativo Tangente, 2022: 8) desde los diversos agentes implicados en ellas, estos ponen en el centro la vida de las personas y, por lo tanto, una nueva o diferente relación de apoyo profesional en un nuevo o diferente marco de la intervención social y la solidaridad. Por lo tanto, el apoyo en el cuidado funcional y relacional es la tarea que venimos buscando para una acción voluntaria y solidaria que refuerce una intervención social que permita generar una comunidad de los cuidados (Fantova, 2021: 72). Se trata, en definitiva, de definir o establecer prácticas concretas en el trabajo de cuidados y al alcance de la acción solidaria que puedan apoyar la vida funcional y relacional cotidiana de las personas en un contexto comunitario.

Será relativamente fácil hacer transitar la acción solidaria hacia estas tareas, si bien será necesario reconocer, por lo menos, una condición y tres transformaciones previas:

- Que, como herramienta de participación, el voluntariado sea impulsado por una buena política pública que ofrezca el cuidado comunitario como un derecho desde una responsabilidad compartida con otros agentes.
- Que el lugar donde suceda la acción voluntaria sea el entorno comunitario en vez de otros lugares o instituciones, apoyando ese proceso de desinstitucionalización o el sostenimiento de la vida diaria de las personas en sus entornos, que depende en mayor o menor medida de las redes, los vínculos y los espacios en los que se cuida, más allá de la familia nuclear (Zúñiga y Arrieta, 2021: 67).
- Que la relación de apoyo de la acción voluntaria deje de ser asimétrica para convertirse en recíproca, desde la búsqueda del protagonismo y el empoderamiento de las personas en sus proyectos de vida hasta el reconocimiento de los apoyos y los afectos que todas las personas necesitamos.
- Que el apoyo que se ofrezca en la acción voluntaria sea relacional e intangible, respondiendo a las necesidades sociales

vinculadas con los cuidados y los afectos y dejando otras respuestas solidarias donde su impacto es muy reducido.

Estas transformaciones de la acción voluntaria, como venimos sosteniendo en el artículo, podrán suceder en la medida en que la intervención social profesionalizada, tanto la apoyada por el tercer sector como la de los servicios sociales, se encamine hacia ese horizonte. Hemos argumentado desde qué realidades sociales se sostienen estos cambios, así como algunas vías por donde puede reconducirse fácilmente la solidaridad, que necesita una convocatoria para ejercerse en otro lugar, con otro tipo de relación y otro contenido. La comunidad, la reciprocidad y los cuidados diseñan y solicitan una actualización del voluntariado.

Ya existen buenas prácticas que tienden a tener en cuenta estas transiciones y estos nuevos marcos de la solidaridad, experiencias organizadas de cuidado comunitario vinculadas con un intento de sutura vital sostenible y no abordada ni por las instituciones públicas ni por los mercados (García García *et al.*, 2021: 5). Este resurgimiento de las iniciativas solidarias se caracteriza por dos elementos: el impulso a las fórmulas de autoorganización comunitaria mediante el fomento de la solidaridad local y de proximidad y el recurso a nuevas fórmulas de implicación en la acción voluntaria, entre las que destaca el voluntariado de persona a persona (SIIS Centro de Documentación y Estudios, 2017: 4). Algunas de ellas se corresponden con las categorías de acompañamiento en la vida diaria y el ocio o intercambio de actividades. Las siguen las experiencias clasificadas como tutoría, padrinazgo o acogimiento familiar voluntario, solidaridad intergeneracional, grupos de autoayuda o intervenciones de pares y alojamiento solidario (SIIS Centro de Documentación y Estudios, 2017: 12). Otras experiencias comunitarias configuran apoyos como la vivienda cooperativa, el *cohousing* sénior y los grupos de crianza (García García *et al.*, 2021: 2). Todas ellas impregnan de futuro y esperanza la acción voluntaria, lo que, sin embargo, no resta la necesidad de recrear la solidaridad que pertenece al género de la iniciativa, posee el estatuto de la creatividad y se mantiene siempre en estado naciente, resistiéndose a tener una existencia meramente reactiva (García Roca, 2017: 21).

- AGUILAR, M. y FANTOVA, F. (2022): "Los servicios sociales españoles ante la pandemia", en AYALA, L. *et al.* (coords.), *Evolución de la cohesión social y consecuencias de la COVID-19 en España*, Madrid, Fundación Foessa, pp. 165-186.
- BALLESTER FRAGO, M. (2020): "Acompañando equipos de servicios sociales en el impulso de modelos de intervención más comunitarios: sistematización de la experiencia y compilación de aprendizajes", *Revista de Treball Social*, n.º 219, pp. 101-118.
- BERASALUZE, A. y OVEJAS, C. (2022): "Los desafíos de la intervención social en el sistema de servicios sociales", en FUNDACIÓN EGUÍA-CAREAGA (ed.), *Servicios sociales y vulnerabilidad frente a la pandemia*, Donostia, Fundación Eguía-Careaga, pp. 71-85, <<https://doi.org/10.5569/978-84-09-39714-3>>.
- BUESA, S. y CANTERO, B. (2022): "Las demandas de la ciudadanía a los servicios sociales", en FUNDACIÓN EGUÍA-CAREAGA (ed.), *Servicios sociales y vulnerabilidad frente a la pandemia*, Donostia, Fundación Eguía-Careaga, pp. 49-69, <<https://doi.org/10.5569/978-84-09-39714-3>>.
- CANALS BOTAS, L.; LLANO ORTIZ, J. C.; SANZ ANGULO, A. y URBANO MOLINA, C. (2023): *13.º Informe 2023. Estado de la pobreza en España. Seguimiento de los indicadores de la Agenda de la UE 2030 (2015-2022)*, Madrid, Red Europea de Lucha contra la Pobreza y la Exclusión Social, <[https://www.eapn.es/estadodopobreza/ARCHIVO/documentos/13\\_Informe\\_AROPE\\_2023\\_completo.pdf](https://www.eapn.es/estadodopobreza/ARCHIVO/documentos/13_Informe_AROPE_2023_completo.pdf)>.
- CARRASCO, C. (2014-2015): "El cuidado como bien relacional: hacia posibles indicadores", *Papeles de Relaciones Ecosociales y Cambio Global*, n.º 128, pp. 49-60.
- CENIZO, M. (2022): "Derechos y justicia, cuidados y comunidad: por un voluntariado social transformador", *Zerbitzuan*, n.º 78, pp. 87-98, <<https://doi.org/10.5569/1134-7147.78.05>>.
- DOMINGO MORATALLA, A. (2011): "La operatividad social del don: horizontes éticos y políticos del voluntariado", *Corintios XIII*, n.º 139, pp. 141-163.
- FALCÓN, E. (1997): *Dimensiones políticas del voluntariado*, serie Cuadernos, n.º 79, Barcelona, Cristianismo y Justicia.
- FANTOVA, F. (2014): *Diseño de políticas sociales. Fundamentos, estructura y propuestas*, Madrid, Editorial CCS.
- (2018a): "Colaboración y alianzas multiagente en las estrategias del tercer sector de acción social", *Revista Española del Tercer Sector*, n.º 38, pp. 135-162.
- (2018b): "Construyendo la intervención social", *Papeles del Psicólogo*, vol. 39, n.º 2, pp. 81-92.
- (2021): "Hacia una comunidad de los cuidados", *Iglesia Viva*, n.º 288, pp. 59-74.
- FRESNO, J. M. (2015): *Participación, sociedad civil y ciudadanía*, serie Documentos de Trabajo del VII Informe sobre Exclusión y Desarrollo Social en España, n.º 6.5, Madrid, Fundación Foessa, <<https://www.foessa.es/main-files/uploads/sites/16/2021/08/CAP-6-DOC-5.pdf>>.
- GARCÍA, G.; BARRIGA, L.; RAMÍREZ, J. M.; ZUBIRÍA, A.; VELASCO, L. e IZQUIERDO, A. (2017): *Índice DEC*, Madrid, Asociación Estatal de Directoras y Gerentes de Servicios Sociales.
- GARCÍA GARCÍA, S.; SANZ ABAD, J. y UGENA-SANCHO, S. (2021): "Discursos y prácticas en experiencias de cuidado comunitario. Una perspectiva moral

- entre cuidados gaseosos, líquidos y sólidos", *Revista Española de Sociología*, vol. 30, n.º 2, a28, pp. 1-19.
- GARCÍA ROCA, J. (1999): "La larga marcha del voluntariado", *Intervención Psicosocial*, vol. 8, n.º 1, pp. 15-30.
- (2017): *Recrear la solidaridad en tiempos de mundialización. Ciudadanía, vecindad y fraternidad*, Guadalajara, ITESO.
- GRUPO COOPERATIVO TANGENTE (2022): *Solidaridades de proximidad. Ayuda mutua y cuidados ante la covid19*, Madrid, Grupo Cooperativo Tangente.
- HIRSCHMAN, A. O. (2020): *La retórica reaccionaria*, Madrid, Clave Intelectual.
- MORA, S. y LORENZO, F. J. (2021): "Hibridación relacional del tercer sector de acción social en la última década. Entre la movilización y las redes vecinales comunitarias", *CIRIEC-España, Revista de Economía Pública, Social y Cooperativa*, n.º 103, pp. 171-196.
- NAVARRO, S. (2011): "De cómo Robinson Crusoe (re)descubrió a Viernes: reflexiones sobre la perspectiva relacional de la intervención social hoy" [presentación], en OBSERVATORIO DEL TERCER SECTOR DE BIZKAIA (ed.), *La perspectiva relacional de intervención*, Bilbao, Observatorio del Tercer Sector de Bizkaia, <[https://3seuskadi.eus/wp-content/uploads/1153\\_Ponencia-Silvia-Navarro-Pedre%C3%B1o.pdf](https://3seuskadi.eus/wp-content/uploads/1153_Ponencia-Silvia-Navarro-Pedre%C3%B1o.pdf)>.
- (2020): "Elogio de la imaginación radical o contra las prisiones de lo posible", *Revista de Treball Social*, n.º 219, pp. 5-9.
- NEL-LO, O. (2021): "Acción colectiva y políticas públicas frente a la segregación y sus efectos", en NEL-LO, O. (ed.), *Efecto barrio. Segregación residencial, desigualdad social y políticas urbanas en las grandes ciudades ibéricas*, Valencia, Tirant lo Blanch Humanidades, pp. 385-395.
- PADILLA, J. y CARMONA, M. (2022): *Malestamos. Cuando estar mal es un problema colectivo*, Madrid, Capitán Swing.
- PÉREZ OROZCO, A. (2006): "Amenaza tormenta: la crisis de los cuidados y la reorganización del sistema económico", *Revista de Economía Crítica*, n.º 5, pp. 7-37.
- (2014): *Subversión feminista de la economía. Aportes para un debate sobre el conflicto capital-vida*, Madrid, Traficantes de Sueños.
- PÉREZ OROZCO, A. y LÓPEZ GIL, S. (2011): *Desigualdades a flor de piel: cadenas globales de cuidados*, Madrid, ONU Mujeres.
- PLATAFORMA DE ONG DE ACCIÓN SOCIAL (2017): *Nuestro COMPROMISO con la sociedad: III Plan Estratégico del Tercer Sector de Acción Social 2017-2021*, Madrid, Plataforma de ONG de Acción Social, <[http://www.plataformatercersector.es/sites/default/files/iii%20plan\\_estrategico%20extendida.pdf](http://www.plataformatercersector.es/sites/default/files/iii%20plan_estrategico%20extendida.pdf)>.
- (2022): *El tercer sector de acción social en España 2021: respuesta y resiliencia durante la pandemia. Resumen ejecutivo*, Madrid, Plataforma de ONG de Acción Social.
- (2023): *Barómetro del tercer sector de acción social 2022: análisis de situación y estudio temático prospectivo*, s. l., Plataforma de ONG de Acción Social.
- POLANYI, K. (2016): *La gran transformación. Crítica del liberalismo económico*, Barcelona, Virus.
- RENES, V. (2020): "El derecho de pertenecer a una comunidad", *Documentación Social*, n.º 5, <<https://documentacionsocial.es/5/accion-social/el-derecho-de-pertenecer-a-una-comunidad/>>.
- SANZO, L. (2022): "Estructura demográfica, pobreza y desigualdad en Euskadi: tendencias recientes y perspectivas de futuro", en FUNDACIÓN EGUÍA-CAREAGA (ed.), *Servicios sociales y vulnerabilidad frente a la pandemia*, Donostia, Fundación Eguía-Careaga, pp. 11-29, <<https://doi.org/10.5569/978-84-09-39714-3>>.
- SIIS CENTRO DE DOCUMENTACIÓN Y ESTUDIOS (2017): *Activación comunitaria y solidaridad vecinal. Tendencias y buenas prácticas*, Donostia, Diputación Foral de Gipuzkoa, <<https://www.siais.net/es/investigacion/ver-estudio/532/>>.
- SIIS SERVICIO DE INFORMACIÓN E INVESTIGACIÓN SOCIAL (2021): *Guía para la personalización de los servicios sociales en Gipuzkoa. Elementos y recomendaciones para transitar hacia servicios más personalizados*, Donostia, Diputación Foral de Gipuzkoa.
- VARIOS AUTORES (2023): "Comunidad y acción comunitaria. Decálogo elaborado por el Conversatorio sobre Acción Comunitaria", *Fantova.net*, <<https://www.fantova.net/2023/05/15/comunidad-y-accion-comunitaria/>>.
- VELASCO, K. y BLANCO, M. L. (2020): "Marco Marchioni. Trabajo comunitario y democracia participativa", *Documentación Social*, n.º 5, <<https://documentacionsocial.es/5/ciencia-social/marco-marchioni-trabajo-comunitario-y-democracia-participativa/>>.
- WRIGHT, E. O. (2018): *Comprender las clases sociales*, Barcelona, Akal.
- ZUBERO, I. (2018): "El tercer sector como movimiento voluntariadista: una propuesta para repensar la identidad del TSAS desde el paradigma de la democracia del cuidado", *Revista Española del Tercer Sector*, n.º 38, pp. 43-68.
- ZÚÑIGA, M. y ARRIETA, F. (2021): "Analizando la función de la comunidad en el sistema de organización social de los cuidados en Euskadi", *Zerbitzuan*, n.º 74, pp. 65-82, <<https://doi.org/10.5569/1134-7147.74.04>>.